

EL HOMBRE DEL SACO

Hacía tiempo que se fijaba en él, pero nunca se había atrevido a decírselo a sus padres. La preocupación había crecido cada vez más, y ya no lo dejaba dormir. Sabía que de nada serviría explicarlo: la gente mayor no entiende de estas cosas de niños. Tenía perfectamente claro cuál sería su respuesta.

Su madre le diría:

“Venga, no pienses más en ello, todo son imaginaciones tuyas, vete a jugar y no te obsesiones.” Su padre, sin apartar la vista del telediario y sin apenas escucharlo, le haría repetirlo un par de veces, porque resulta difícil atender a dos cosas al mismo tiempo. Después le haría cosquillas, reiría y le diría.

“¡Estás como una cabra; te imaginas cada cosa! Anda vete a jugar.”

Una noche en que su abuela se quedó a dormir en casa, porque sus padres habían ido de viaje, decidió constárselo todo.

Había oído decir muchas veces a su madre que las personas mayores son como niños. Si eso era verdad, la abuela sí lo entendería.

A la hora de acostarse se metió en la cama y se quedó mucho rato quieto, con la luz apagada, sin atreverse a empezar.

Finalmente, respiró hondo y dijo:

- Abuela...

La voz de la abuela se oyó en la oscuridad:

- ¿Todavía no duermes?

- Es que... ¿Sabes, allí delante de la carnicería, aquella casa tan grande y tan vieja que hace esquina?

- Pues claro – dijo la abuela.

- ¿Verdad que parece abandonada, siempre cerrada, con los cristales de las ventana llenos de polvo y con las persianas rotas?

- No lo sé, nunca me he fijado – dijo la abuela, con la voz medio adormecida.

- ¡Pues no lo está!

- ¿Ah, no?

- No. En ella vive un hombre muy viejo. A mí me da miedo. Nunca saludo, y cuando va por la calle siempre parece que refunfuña.

- ¡Qué va, hombre! Te lo parece porque es viejo y no lo conoces.

- ¡Que no! Que en el pueblo todos se saludan, y él nunca me dice nada. Pero... no es él quien me preocupa...
- ¿Ah, no?
- No. ¿Sabes aquel portal tan grande y tan viejo?
- Sííí... ¿Es el portal el que te preocupa?
- Nooo... – dijo el niño – Es un saco que de vez en cuando aparece delante de él.
- ¿Un saco? – preguntó la abuela intrigada.
- Sí, de plástico muy grueso. Es blanco y pesa mucho.
- ¿Y cómo sabes tú lo que pesa?
- Porque he visto que aquel viejo no puede levantarlo y tiene que arrastrarlo por el suelo.
- ¡Caramba! – exclamó la abuela.

El niño continuó. Le gustaba que lo escuchasen sin teles, diarios o tareas domésticas que provocasen interferencias.

- Está atado. Muy bien atado. Con mucha cinta de color negro. La parte envuelta con la cinta es tan grande que tiene la forma de un jamón.
- ¿Y tú crees que hay un jamón dentro del saco? – preguntó la abuela, que ya se lo estaba imaginando.
- ¡Pues claro que no! Sólo tiene su forma. Lo que me preocupa y no me deja dormir es qué hay de verdad en el saco. Todo es muy extraño.

Aparece y desaparece cada semana. Sólo está un día o dos, y fuera. Seguro que lo deja allí lleno con alguna cosa para que alguien lo recoja de noche.

- Sí, parece lógico. Pero, ¿qué recoge?

¿Qué hay en el saco?

- No lo sé – dijo el niño -.

A veces pienso que ese viejo es un profesor loco que fabrica piernas de monstruos y que cada vez que tiene una hecha la mete en el saco para que se la lleven.

- Puede que sean piernas, pero igual no son de monstruos, a lo mejor son piernas de robots. Tal vez las fabrica y las mete en el saco para juntarlas con piezas de otros fabricantes.

- No lo sé – dijo el niño -, el saco está muy bien atado.

¿No crees que igual cultiva plantas carnívoras? Ya sabes, plantas que crecen en la oscuridad sin ser peligrosas, pero que cuando les da la luz se les despierta el apetito y atacan al primero que pasa.

- Sí, claro – continuó la abuela -.

Y las sacan muy bien envueltas dentro del saco, las llevan de noche, las dejan delante de la casa de alguien al que quieren hacer daño, las desenvuelven...

- ¡Sí, sí! – gritó entusiasmado el niño –

Y cuando la persona sale de casa para ir a trabajar, ¡ñam!

También he pensado que aquella casa no es una casa.

- ¿Ah, no?

- No. Sólo tiene las paredes.

Por dentro está totalmente vacía y es una gran fábrica de... ¡de veneno! O... una mina con un enorme agujero, tan grande como toda la casa, de donde sacan oro y diamantes sin que nadie sospeche nada.

Y la abuela poco a poco empezó a darse cuenta de que no estaba recordando el pasado, como ocurría siempre que se acostaba. No, ahora, guiada por el niño, se dejaba llevar por la imaginación: una cosa fantástica que no practicaba desde hacía muchos años.

Se sentía más joven y con más energía. Veía claramente las imágenes de aquel saco sospechoso en el oscuro techo de la habitación. Lo veía como si tuviese los ojos abiertos, lleno de oro, de plantas carnívoras, de diamantes, de frascos de veneno, de piernas mutiladas y de todo lo que el niño iba diciendo.

De repente, la abuela encendió la luz y dijo:

- ¡Vamos!

El niño se protegió la cara con las manos de la claridad que le hacía daño en los ojos.

- ¿Ahora? – dijo.

A dónde ya lo sabía, no necesitaba preguntarlo.

- Sí, ahora, o ya no podremos dormir más en toda la noche.

-Cada alumno/a escribirá (copiando del encerado) en un folio el final que más le guste.

-Llevarán el cuento a sus casa y se lo leerán a padres, abuelos, hermanos,...

4° DE PRIMARIA:

-Contar la historia hasta:

"Se vistieron y bajaron. Cogieron una linterna, porque, sospechosamente, la farola de aquella esquina siempre estaba fundida..."

-Se les comenta a los alumnos/as que piensen en un final para esta historia para el próximo día.

-Al día siguiente se les vuelve a leer el libro hasta el mismo párrafo y se les entregará el texto (fotocopias).

-Cada alumno/a o por parejas, inventan un final para la historia.

-Lectura del final de la historia. Comentar.